Una rosa

Luis Terrico

Capítulo 1

Él tenía miedo.

En el fondo de su hoyo, de cara a las líneas enemigas, de noche, miraba la luna y las estrellas, para animarse.

Allí, a doce metros de él, Lucas encendió un cigarrillo con su mechero metálico. Un breve resplandor en la noche se vislumbró.

El sargento les había prohibido hacer esto, pero era pasada la medianoche, el sargento estaba dormido y todo estaba en silencio.

El batallón tuvo que dormir. Los demás también, allá al otro lado de las líneas.

Agustín levantó la cabeza.

Durante el día se percibía el olor a podrido y a orina mezclados.
Las ratas corrían por las trincheras, pequeñas bestias inteligentes, con sus narices temblorosas, en constante movimiento.

Agustín los observaba cuando estaba de servicio durante el día. Se entretuvo con su andar apresurado y apresurado, con su forma de estar siempre en movimiento, al acecho.

Agustín sabía que sus compañeros los perseguían, para matarlos y mejorar la insípida sopa que era su vida diaria.
No pudo evitar sentir una extraña atracción por estas bestias, concentrado en su supervivencia, ocupado en encontrar su sustento, sin tener en cuenta la precaución a veces.

Esa noche, los olores putrefactos habían desaparecido, sin duda por el frío que invadió la región ese día de Octubre de 1916.
La noche era clara en las Ardenas, un frío seco invadió los campos ahogados en la niebla, Agustín se dejó llevar por un momento.

Pudo haber sido una hermosa noche. Una noche como las que pasó con su

abuelo en las hileras de viñedos, cuando en la madrugada ambos partieron a cazar tordos.
La noche se demoró, prolongando esos momentos de compartir, íntimos y varoniles. El perro, enloquecido por el olor de las armas, se movía agitado de un lado a otro entre el anciano y el joven.

Un disparo hizo clic, agudo, brutal. Lucas soltó un breve gemido y se derrumbó.
Agustín castañeteó los dientes, con frío, con miedo.

Lucas probablemente solo estaba herido, fue un disparo por nada, un disparo de advertencia, como los disparos de los amigos del abuelo, que antes de disparar a los zorzales en la madrugada, practicaban en las ramas muertas del campo vecino.

Lucas no tenía nada, iba a venir a verlo en las primeras horas de la mañana, cuando los relevarían de su turno, irían a tomar un café juntos y se reirían de los miedos de la noche.

Agustín cerró los ojos. ¡Tenía tanto frío, tanto miedo! Las ratas se habían ido.
Se imaginó a sí mismo en la ópera frente a su escritorio, frente al público, su Heintzman Crystal frente a él, el cuerpo largo y liso del piano, el silencio de la sala esperando al mundo, suspendido por un momento.

Olga también estaba allí, con su largo vestido verde, serena, concentrada.

Iba a correr, a cantar. Su voz volaría y se iría con ella y su aliento cristalino, por encima de los demás. Ambos volarían en su canción, en su voz.

También recordó lo que le dijo una vez su abuelo, un jardinero que pasó su vida en compañía de flores:
- Las rosas son la reina de las flores, son frágiles, hay que quererlas mucho para que florezcan.-

También confió esto:
- Para que las rosas se abran, deben besar la luna. Necesitan un beso de luna.-
- ¿Un beso de luna? el niño le preguntó a este particular abuelo mago. ¿Qué pasa, abuelo?-

- Bueno, muchacho, un beso de luna es cuando la luna se pone, en la

madrugada, cuando la noche se pone pálida, justo antes del nacimiento del día, en el crepúsculo del amanecer, la luna baja a la tierra para tomar su baño. Deja que su largo cabello cuelgue en los caminos, en el lago. A veces uno de sus cabellos roza una rosa.-

Levantó la vista al cielo:

-Esta última, temblando de placer y curiosa por saber quién la acaricia, abre su corola y alarga uno de sus pétalos para mirar hacia afuera, luego la luna, apresurándose a salir del agua, acerca sus labios a la flor abierta y, Rápido, sin que nadie lo vea, besa la flor ... Eso es, muchacho, un beso de luna.-

La luna se ha ido, el crepúsculo del amanecer está aquí. La flor tiembla a primera hora de la mañana ...

El joven soldado se sacude. Debe haberse quedado dormido. El campo en el que está estacionada su división flota en la niebla de la mañana.

Mira el agujero cercano, donde Lucas debe esperarlo.

Al borde del agujero, en la mano del soldado que sobresale,
una rosa roja abre sus pétalos al sol naciente.